

CAPITULO XLVI.

TRATANDOSE de los institutos religiosos, no es posible dejar de recordar esa orden célebre, que á los pocos años de su existencia habia tomado ya tanto incremento, que se presentaba con las formas de un coloso y desplegaba las fuerzas de un gigante; esa orden, que pereció sin que antes sintiese el desfallecimiento, que no siguió el curso regular de las demas, ni en su fundacion ni desarrollo, ni tampoco en su caida; de esa orden, que como se ha dicho con mucha verdad y exactitud, no tuvo ni infancia ni vejez: bien se entiende que hablo de los jesuitas. Este solo nombre bastará para poner en alarma á cierta clase de lectores; por lo mismo me apresuro á tranquilizarlos, advirtiéndoles que no me propongo escribir aquí la apología de los jesuitas. Esta tarea no corresponde al carácter de la obra: además, otros la han tomado á su cargo, y no debo yo repetir lo que nadie ignora. Como quiera, es imposible mentar los institutos religiosos, ni dar una mirada á la historia religiosa, política y literaria de Europa de tres siglos á esta parte, sin tropezar á menudo con los jesuitas; es imposible viajar por tierras las mas remotas, surcar mares desconocidos, abordar á playas las mas distantes, penetrar en los desiertos mas espantosos, sin que ocurra el recuerdo de los jesuitas; es imposible acercarse á ningun estante de nuestras bibliotecas, sin que se ofrezcan á los ojos los escritos de algun jesuita; y siendo esto así, bien pueden perdonar los lectores enemigos de jesuitas, el que se fije por algunos momentos la atención sobre un instituto, que ha llenado el mundo con la fama de su nombre. Aun cuando se prescindiera de su renacimiento, y se consideren como poco dignas de examen su actual existencia y las probabilidades de su porvenir, no obstante fuera muy impropio no tratar de ellos, siquiera como un hecho histórico; de otra suerte, nos pareceríamos á aquellos viajeros ignorantes é insensibles,

que pisan con estúpida indiferencia las mas interesantes ruinas.

En hablando de los jesuitas salta desde luego á los ojos un hecho muy singular, cual es, que á pesar del poco tiempo que contaron de existencia en comparacion de otros institutos, ninguno de estos fué objeto de tanta animosidad. Desde su nacimiento se hallaron con numerosos enemigos; jamás se vieron libres de ellos, ni en su prosperidad y grandeza, ni en su caida, ni despues de ella; nunca ha cesado la persecucion, ó mejor diremos el encarnizamiento. Desde que han vuelto á renacer, se les tienen continuamente los ojos encima, se recela que no vuelvan á levantarse á su antiguo poder; el esplendor que sobre ellos reflejan las páginas de su brillante historia, los hace mas visibles por todas partes, y aumenta la zozobra de los que mas se alarman con la fundacion de un colegio de jesuitas, que no se alarmarian de una irrupcion de cosacos. Algo habrá pues de muy singular y extraordinario en ese instituto, que de tal manera excita la atención pública, y cuyo solo nombre desconcierta á sus enemigos. A los jesuitas no se los desprecia, se los teme; una que otra vez se quiere ensayar de echar sobre ellos el ridículo, pero desde luego se conoce, que cuando se maneja contra ellos esa arma, el que la emplea no disfruta de calma bastante para esgrimirla felizmente. Vano es que se quiera aparentar el desprecio; al través del disimulo se traslucen la inquietud y el sobresalto; échase de ver, que quien los ataca no cree estar en presencia de adversarios de poca monta, pues que la bilis se le exalta, sus facciones se contraen, sus palabras salen bañadas de una amargura terrible, como destilan las gotas de una copa emponzoñada; se conoce al instante, que toma el negocio á pecho, que no mira la materia como cosa de chanza, y parece que le estamos oyendo que se dice á sí mismo: "todo lo tocante á los jesuitas es negocio grave en extremo; con ellos no se puede jugar; nada de miramientos, nada de indulgencia, nada de consideraciones de ninguna clase; es necesario tratarlos siempre con rigor, con dureza, con execracion: el menor descuido podria sernos fatal."

O yo me engaño mucho, ó esta es la mejor demostracion que pueda darse del eminente mérito de los jesuitas. A las clases y corporaciones les ha de suceder lo propio que á los individuos; es decir que un mérito muy extraordinario ha de acarrearles precisamente enemigos en crecido número; por la sencilla razon de

que un mérito semejante es siempre envidiado, y no pocas veces temido. Para formar concepto sobre el verdadero origen de ese odio implacable contra los jesuitas, basta considerar quiénes son sus enemigos principales. Sabido es, que los protestantes y los incrédulos figuran en primera línea; notándose en la segunda, todos aquellos hombres que con mas ó menos claridad, con mas ó menos decision, se muestran poco adictos ó afectos á la autoridad de la Iglesia romana. Unos y otros andan guiados por un instinto muy certero en ese odio que profesan á los jesuitas; porque en realidad, no encontraron jamás adversario mas temible. Esta es una reflexion sobre la que deben meditar los católicos sinceros, que por una ú otra causa abriguen prevenciones injustas. Recordemos que cuando se trata de formar concepto sobre el mérito y conducta de un hombre, es muy á menudo un seguro expediente para decidirse entre opiniones encontradas, el preguntar, quiénes son sus enemigos.

Fijando la atencion sobre el instituto de los jesuitas, la época de su fundacion, y la rapidez y magnitud de sus progresos, se confirma mas y mas la importante verdad que he notado anteriormente, á saber: la admirable fecundidad de la Iglesia católica para acudir con algun pensamiento digno de ella, á todas las necesidades que se van presentando. El Protestantismo combatia los dogmas católicos con lujoso aparato de erudicion y de saber; el brillo de las letras humanas, el conocimiento de las lenguas, el gusto de los modelos de la antigüedad, todo se empleaba contra la religion, con una constancia y ardor dignos de mejor causa. Hacíanse increíbles esfuerzos para destruir la autoridad pontificia; ó ya que esta destruccion no fuera posible en algunas partes, se procuraba á lo menos desacreditarla y enflaquecerla. El mal cundia con velocidad terrible, el mortífero tósigo circulaba ya por las venas de una considerable porcion de los pueblos de Europa, el contagio amenazaba propagarse á los países que habian permanecido fieles á la verdad; y para colmo de infortunio, el cisma y la herejía atravesaban los mares yendo á corromper la fé pura de los sencillos neófitos en las regiones del nuevo mundo. ¿Qué debia hacerse en semejante crisis? El remedio de tamaños males, ¿podia encontrarse en los expedientes ordinarios? ¿era dable hacer frente á tan graves é inminentes peligros, echando mano de armas comunes? ¿no era conveniente fabricarlas adrede pa-

ra semejante lucha, de temple acomodado al nuevo género de combate, con la mira de que la causa de la verdad no pelease con desventaja en la nueva arena? es indudable. La aparicion de los jesuitas fué la digna respuesta á estas cuestiones, su instituto la resolucion del problema.

El espíritu de los siglos que iban á comenzar, era esencialmente de adelanto científico y literario; el instituto de los jesuitas no desconoce esta verdad, la comprende perfectamente; es necesario marchar con rapidez, no quedarse rezagado en ningun ramo de conocimientos; y así lo ejecuta, y los conduce todos de frente, y no permite que nadie le aventaje. Se estudian las lenguas orientales, se hacen grandes trabajos sobre la Biblia, se revuelven las obras de los antiguos padres, los monumentos de las tradiciones y decisiones eclesiásticas: los jesuitas se hallan en su puesto, y obras sobresalientes sobre estas materias salen en abundancia de sus colegios. Se ha difundido por Europa el gusto de las controversias sobre el dogma, en muchas partes se conserva todavía la aficion á las discusiones escolásticas: obras inmortales de controversia salen de los jesuitas, al propio tiempo que á nadie ceden en la habilidad y la sutileza de las escuelas. Las matemáticas, la astronomía, todas las ciencias naturales van tomando vuelo, fúndanse en las capitales de Europa sociedades de sabios para cultivarlas y fomentarlas: los jesuitas se distinguen en esa clase de estudios, y brillan con alto renombre de las grandes academias. El espíritu de los siglos es de suyo disolvente, y el instituto de los jesuitas está pertrechado de preservativos contra la disolucion; y á pesar de la velocidad de su carrera, marcha compacto, ordenado, como la masa de un grande ejército. Los errores, las eternas disputas, el sinnúmero de opiniones nuevas, los mismos progresos de las ciencias, exaltan los ánimos, comunicando al espíritu humano una volubilidad funesta; un impetuoso torbellino lo lleva todo agitado y revuelto; el instituto de los jesuitas figura en medio de ese torbellino, pero no se resiente de esa inconstancia y volubilidad, antes sigue su rumbo sin extraviarse, sin ladearse; y cuando en sus adversarios solo se descubre la irregularidad de una conducta vacilante, ellos marchan con paso seguro, se enderezan á su objeto, semejantes al planeta que recorre bajo leyes constantes el curso de su órbita. La autoridad pontificia era combatida con encarnizamiento por los protestantes, y ataca-

da indirectamente por otros con disimulo y cautela; los jesuitas se le muestran fielmente adictos, la defienden donde quiera que se halle amenazada, y cual celosos atalayas están velando siempre por la conservacion de la unidad católica. Su saber, su influencia, sus riquezas, nunca disminuyen la profunda sumision á la autoridad de los papas con que desde el principio se distinguieron. Con el descubrimiento de nuevas regiones en Oriente y Occidente, se ha desplegado en Europa el gusto de los viages, de la observacion de tierras lejanas, y del conocimiento de las lenguas, usos y costumbres de sus habitantes: los jesuitas desparrramados por la faz del globo, mientras predicán el Evangelio á todas las naciones, no olvidan el estudio de cuanto pueda interesar á la culta Europa; y al regresar de sus colosales expediciones, enriquecen con preciosos tesoros el caudal de la ciencia moderna.

¿Qué extraño, pues, si los protestantes se desencadenaron con tanto furor contra ese instituto, viendo como veían en él, un adversario tan temible? Nada mas natural, que en este punto se hallasen acordes con ellos todos los demas enemigos de la religion; ora se mostrasen tales sin disfraz, ora se ocultaran con mas ó menos embozo. Ellos encontraban en los jesuitas un muro de bronce en que se estrellaban los ataques contra la religion católica: propusiéronse minar ese muro, derribarle, y al fin lo consiguieron. Pocos años habian trascurrido desde la supresion de los jesuitas, y la memoria de los *grandes crímenes* que se les imputaban, se habia borrado completamente con los estragos de una revolucion sin ejemplo. Los incautos, que de buena fé habian dado crédito á las insidiosas calumnias, pudieron convenir de que las riquezas, el saber, la influencia, la pretendida ambicion de los jesuitas, no les hubieran sido tan fatales, como llegaron á creer: esos religiosos no hubieran volcado ningun trono, ni decapitado en un cadalso á ningun rey.

Al echar Mr. Guizot una ojeada sobre la civilizacion europea, no ha podido menos de encontrarse con los jesuitas; y menester es confesar, que no les ha hecho la justicia debida. Despues de haberse lamentado de la inconsecuencia de la reforma protestante y del espíritu limitado que la ha dirigido, despues de confesar, que los católicos sabian bien lo que deseaban y lo que hacian, que partian de principios fijos, que marchaban hasta sus últimas consecuencias, que nunca ha existido gobierno mas con-

secuente que el de la Iglesia romana, que la corte de Roma ha tenido siempre una idea fija y ha guardado una conducta regular y coherente, despues de haber ponderado la fuerza que se adquiere con este pleno conocimiento de lo que hace y de lo que se desea, con esta formacion de un designio, con esta completa y cabal adopcion de un principio y de un sistema, es decir, despues de haber trazado sin pensarlo un brillante panegirico y muy sólida apología de la Iglesia católica, encuentra como de paso á los jesuitas, y pretende arrojar sobre ellos una mancha: cosa indigna de un entendimiento como el suyo, que para adquirirse justo renombre, no necesita quemar incienso á preocupaciones vulgares ni á pasiones mezquinas. "Nadie ignora, dice, que el principal poder creado para luchar contra la revolucion religiosa fueron los jesuitas; abrid su historia y vereis que siempre se han estrellado sus tentativas, que donde quiera que han intervenido con alguna extension, han llevado siempre la desgracia á la causa en que se mezclaron: en Inglaterra perdieron á los reyes y en España al pueblo." Antes nos habia ponderado Mr. Guizot las ventajas que dan sobre los adversarios una conducta regular y coherente, la completa y cabal adopcion de un sistema, la fijeza en una idea: con motivo de todo esto, como expresion del sistema de la Iglesia, nos presenta á los jesuitas; y he aquí, que sin que uno columbre la causa, el escritor cambia repentinamente de rumbo, desaparecen de sus ojos todas las ventajas del sistema ensalzado, pues que aquellos que le siguen, es decir, los jesuitas, se estrellan en todas sus tentativas, y llevan la desgracia á la causa que sirven. ¿Quién puede conciliar semejantes aserciones? El poderío, la influencia, la sagacidad de los jesuitas, se habian hecho proverbiales; lo que se les habia achacado, era el haber extendido demasiado sus miras, el haber concebido planes ambiciosos, el haberse granjeado con su habilidad un decidido ascendiente donde quiera que pudieron introducirse; los mismos protestantes habian confesado abiertamente, que los jesuitas eran sus mas temibles adversarios; siempre se habia creído que el resultado de la fundacion de ese instituto habia sido inmenso; pero ahora sabemos por Mr. Guizot, que los jesuitas siempre se han estrellado en sus tentativas, y que su apoyo era de tan poco valer, que la causa por ellos servida podia estar segura de atraerse la fatalidad y la desgracia. Si tan malos servidores eran, ¿por qué se